

Esta obra del Espíritu Santo, que en seguida explicaremos más detenidamente, aunque maravillosa desde el principio, es capaz de perfeccionamiento. Y este perfeccionamiento se hace todo él durante el curso de la vida por medio de la gracia y ayuda del mismo Espíritu Santo, que con sus ilustraciones e inspiraciones, con su gracia, nos ayuda y sostiene y enriquece más y más a medida que hacemos buenas obras, todas con su gracia, y recibimos los Sacramentos. El que en el Bautismo es constituido santo, durante la vida, si ésta es verdaderamente cristiana, es santificado más y más por el Espíritu Santo; y el que es constituido hijo de Dios en el Bautismo, es hecho más y más hijo de Dios mediante su vida cristiana por el mismo Espíritu Santo, que opera constantemente en nuestras almas, sosteniéndolas en esa vida y perfeccionándolas.

Y, cuando llega el fin de nuestra vida, el que con el mismo Espíritu Santo vivió vida divina y creció en ella, al desligarse y desenredarse del cuerpo y de la tierra, se ve tal como es y se conoce tal como está, unido a la divinidad, viviendo vida divina, abrazado estrechamente a Dios, viéndole como El se ve y amándole como El se ama, aunque en grado infinitamente menor, pero con una visión clara y propia y con un amor divino y un deleite infinito propio de Dios y del mismo género. ¡La gloria! don el más excelente que Dios puede dar a quien quiere premiar.

Esto hace el Espíritu Santo, comenzando, desarrollando y llevando a feliz término nuestra vida sobrenatural, la santificación del hombre. Para que esto hiciese, fueron necesarios los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, su vida, pasión y muerte.

Pero sigamos todavía en nuestro importante asunto, veamos en qué consiste propiamente nuestra santificación.

4.º CÓMO SE OBRA NUESTRA SANTIFICACIÓN. Dios es simplicísimo: no tiene partes, ni menos puede desprender la más mínima partícula de su ser, ni emitir ningún efluvio, ni despedir ningún rayo de su esencia. Esta simplicidad que

nosotros, comparándola con la simplicidad cuantitativa, imaginamos como una carencia de ser y perfección, es en Dios una simplicidad de perfección infinita, que sin tener partes ningunas, ni desprender nada de sí mismas, puede, sin embargo, hacer todo lo que otras criaturas hacen, desprendiendo algo de sí, con rayos, con emanaciones, con efluvios, que influyen en los otros.

Y así puede Dios, sin desprender nada de su divinidad, comunicarla a las criaturas y elevarlas hasta hacerlas consortes y participantes de su naturaleza, es decir, divinas: *divine consortes naturæ* (8).

Esto, si lo hiciere, sería el favor más grande que puede hacer a una criatura; tan grande, que no hay nadie que lo pueda merecer, ni pretender, ni aun entender, sino por puro favor y gracia divina. Y he aquí que Dios lo hace; y lo hace porque Jesucristo nos lo mereció con su sangre y su muerte. Para que se nos diese esta vida divina, se encarnó, padeció y murió: «Yo vine, dice, para que tengan vida, y para que tengan vida más abundante» (9).

Y, como nos lo mereció, se hace. Y esta es la obra que se atribuye al Espíritu Santo.

Dios no nos envía ningún rayo como el sol, ninguna emanación como el río, ningún perfume como la flor, ninguna espiración como el céfiro, ninguna llama como el fuego. No nos presta ninguna partícula divina de su ser, porque la esencia divina no tiene partículas, ni de ella, por consiguiente, se pueden sacar partículas. Pero Dios puede, sin enviarnos partículas, comunicarnos su vida, porque es sumamente comunicativo y capaz de comunicarnos sus perfecciones ilimitadamente. Y, en efecto, lo hace. ¿Cómo?

Comunicándose por medio del Espíritu Santo; viniendo El todo, El mismo por el Espíritu Santo y con el Espíritu Santo. Y ¿en qué consiste este venir? No consiste en estar presente en nosotros como en las cosas, produciendo en ellas el ser, el vivir, el sentir, el entender, sino en otra cosa más íntima, en asimilarnos a El, en